

REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DE AMERICA

Analola Borges.

Intento con este estudio explicar algo de lo que se ha venido tratando sobre la problemática de la elaboración de una historia de America comprendida las Américas diferenciadas en cuanto a sus orígenes.

Instituciones interamericanas e incluso la ONESCU han planificado el llevar a cabo una historia integral, en la que se viertan todos los contenidos con sus variantes, a veces, abismales. Estos intentos aún están en proyectos más o menos avanzados e, incluso, con publicaciones en obras con mayor o menor fortuna, a pesar de que colaboran especialistas cualificados.

Pero la unicidad sobre la interpretación del hecho, la conceptualización, la misma terminología, los nacionalismos exacerbados... son algunos de los problemas que frenan el proyecto el cual, por la extensión y diversidad se hace casi inalcanzable. Habida cuenta también del concepto *tiempo* en el que los ritmos históricos son absolutamente distintos: USA-Bolivia; Argentina-El Salvador; Paraguay-Venezuela; Cuba-Costa Rica, serían algunos ejemplos de *tiempos históricos* y de espacios geográficos diferenciados.

Con todo, el común afán de llegar a concebir la historia proyectada ha venido limando muchos radicalismos y se tiende al acercamiento de postura por medio de *moderadores* dignos de reconocimiento.

La situación anterior a este proyecto es si habría de elaborarse, cuatro, dos o una sola Historia para el continente americano. Por nuestra parte vamos a desentrañar algunas de estas posturas, quizá las más representativas con el fin de clarificar –si fuera posible– las dificultades de

aquel proyecto que acabamos de citar tan ambicioso como necesario y útil para cuantos nos ocupamos de América.

Nos basamos en historiadores y pensadores de España y de América, ellos nos dan su particular visión sobre el problema que, sin dejar de tener algunos puntos coincidentes en ciertos casos, en otro son totalmente divergentes.-

El colombiano Germán ARCINIEGAS distingue cuatro historias o aconteceres diferenciados en el suelo americano ¹; el norteamericano GRIFFIN propugna la tesis de dos historias que serían la anglosajona y la iberoamericana², si bien posteriormente parece querer intentar la fusión de ambas historias en un estudio dedicado a la búsqueda de las afinidades entre ambos aconteceres desde el siglo XVII hasta nuestros días³; MORALES PADRON defiende una sólo historia para el continente⁴ frente a ellos está la tesis de JAIME DELGADO en la que pugna también por la existencia de una sólo historia pero ésta sería exclusivamente la de Hispanoamérica, excluyendo del acontecer continental la historia de los Estados Unidos. DELGADO sostiene que historia de América es solo la primera porque la anglosajona corresponde –en la época colonial– a la nación inglesa, y a partir de la Independencia a la historia contemporánea. Basa su tesis en el hecho de que no se historian los continentes sino los contenidos, y el contenido del pasado norteamericano ha excluido lo propiamente americano, lo autóctono, cuyo ingrediente es esencial para una historia propia del contenido, en este caso, de América. Lo que aconteció en el país del norte –dice– es un acontecer europeo, y afirma se trata por tanto de historia europea, no americana⁵.

La tesis del profesor DELGADO tiene especial interés por su originalidad. En su obra, estudia las diversas teorías emitidas por los historiadores europeos y americanos de ambos hemisferios; parece útil hacer aquí una síntesis de su explicación.

Para DELGADO la Historia de América es una especie del género Historia en cuanto se ocupa del hecho o cultura americana, cuya realidad es diferente a los otros entes históricos que comprenden la Historia Universal. Estas diferencias vienen determinadas: por la Geografía que

1. «Historia e Historias de las Américas». En *Ensayos sobre la Historia del Nuevo Mundo*. Mexico, 1951.
2. «Unidad y Variedad de la Historia americana». En *Ensayos sobre la Historia del Nuevo Mundo*. México 1951.
3. «Ensayos sobre la Historia de América». Caracas, 1969.
4. «Existencia de América». Madrid, 1965.
5. «Introducción a la Historia de América», p.22. Madrid, 1957.

la ha mantenido aislada del resto de los continentes si bien sí parece que haya habido conexiones en la época pleistocénica con América del Norte; y por la Etnología ya que la cultura del hombre americano presenta la evidencia de haber sido los primitivos habitantes «los artífices de su propia cultura», lejos de extrañas influencias. Así mismo las grandes culturas amerindias nacieron y se desarrollaron sin contacto con pueblos forasteros.

A partir del descubrimiento, el desarrollo histórico de América continuó siendo distinto del de España, como demuestran los múltiples testimonios. La cultura española influyó decisivamente en la americana, pero recíprocamente los españoles, y con ellos los pueblos que se asentaron y fundaron en el Nuevo continente, recibieron asimismo la influencia de las culturas amerindias. Ahora bien, a partir del descubrimiento –seguimos sintetizando la teoría del profesor español– América recibió las conexiones de otros países: Francia, Portugal e Inglaterra de cuyas naciones sólo Portugal y España engendraron países espirituales semejantes a la metrópoli, pero mestizadas con la realidad autóctona americana. Por tanto la historia de la América hispana no es una parte de la historia de España, a causa del «matiz diferencial» en que se ha desarrollado el hecho histórico, basado, singularmente, en el cambio de influencias mutuas.

El elemento Historia, debe insertarse en el elemento América, es el contenido y no el continente americano lo que se trata de historiar. Para DELGADO la Historia de América resultaría ser entonces la de los países iberoamericanos por ser quienes conservan en sí el ente propiamente americano. Coincide con GRIFFIN en la teoría de la polaridad continental, es decir la que sustenta la división del continente en dos mundos esencial y radicalmente distintos desde el aspecto histórico-cultural: el anglosajón y el hispánico o iberoamericano.

Esta tesis, de los dos mundos histórico-cultural la fundamenta en las acusadas y aún opuestas diferencias del proceso histórico en ambas regiones desde los orígenes. Se detiene fundamentalmente en el fenómeno del mestizaje: los pueblos hispánicos –dice– conservan lo autóctono, lo no importado de Europa, lo propiamente indoamericano.

Las consecuencias –seguimos sintetizando– son que si la historia de América es la parte de la historia que se ocupa de la cultura americana, la historia de América quiere decir «rigurosa y propiamente Historia de Hispanoamérica». Para DELGADO no hay cabida de la historia de las Trece colonias que incluye en la Historia de Inglaterra, ni para la Historia posterior, la de los Estados Unidos. La primera queda inserta en la Edad Moderna, como una parte de la Historia Universal, y la segunda,

dentro de la misma Historia Universal correspondiente a la Edad Contemporánea.⁶

La tesis de JAIME DELGADO sobre la exclusividad de la historia Hispanoamericana no ha sido, generalmente, aceptada. Es natural la reacción contraria de los historiadores del Norte para quienes el acontecer americano era sólo su propio acontecer. En esta tesis, se les demuestra un pasado propio –que ellos mismos venían propagando– pero se les desplaza –*su pasado*– del continente americano para injertarlo en la historia de occidente sin otra peculiaridad.

Estamos tratando, pues, de la posibilidad de elaboración de un tratado de Historia para todo el continente americano contando con las peculiaridades de las grandes regiones, especialmente la iberoamericana y la norteamericana. Frente a la tesis expuesta MORALES PADRON apoya la de una sólo historia de América si bien «poliédrica, cuyos lados más importantes son el hispánico y el anglosajón»: «América existe física y culturalmente...; lo europeo al contacto con lo americano cambió, tomó nueva faz. La historia de ese continente y de ese contenido es la historia de América... Dentro del continente americano se distingue una América gala, otra anglosajona, otra lusitana y otra hispánica. Distinciones que pueden permitirnos... redactar cuatro historias. Sin que éllo quiera decir, por supuesto, que haya cuatro historias de América»⁷.

En esa historia poliédrica, ha de penetrar el historiador con una especial aptitud para que abandone «el inútil empeño de hacer de la América Ibero una América Occidental» negando o tratando de desconocer «la realidad» iberoamericana: «Hasta ahora había sido desgarradora la experiencia del empeño en la occidentalización de Iberoamérica por un lado y el empeño, por otro, que negaba esta occidentalización...; empeño en ser, por un lado, pueblos semejantes a una determinada nación occidental como Norteamérica y, por el otro, en permanencia estáticos como si la historia no fuese una marcha permanente». Así se expresa el pensador mexicano Leopoldo Zea, y afirma «se van aceptando, como elementos positivos raíces culturales no occidentales que forman su mestizaje cultural...».⁸

6. Idem.

7. «Existencia de América» cit.⁴ p.47. En apoyo a esta teoría podemos decir, que, de hecho, se han venido elaborando esa historia de América. El propio MORALES PADRON es autor de una de estas obras históricas. También han escrito: MARIO HERMANDEZ SANCHEZ BARBA «Historia Universal de América». Madrid, 1963. SILVIO ZABALA: «El mundo americano en la época colonial». Argentina-México, 1967 y otros.

8. «América en la Historia», p.178-180. Revista de Occidente. Madrid, 1970.

La conciencia de la contradicción existente entre los valores espirituales y materiales (Antigüedad-Modernidad) símbolos de las Américas hispánicas y anglosajona respectivamente, supone un abismo difícil de salvar para la integración de una historia común. Zea culpa a Occidente de haber marginado de la Historia Universal a los pueblos ibéricos, se resistieron –dice– a aceptar la occidentalización del mundo al no seguir los cauces de la Modernidad. Este gran vacío ha supuesto la búsqueda de nuevas formas en los tradicionales esquemas de la Historia ya «que uno de los hechos distintivos de la Historia Contemporánea es su alcance mundial...; se trata de revisar a fondo toda estructura de postulados y prejuicios en que estaba basada nuestra visión del mundo. Precisamente porque América, África, China, India y otros pueblos extranjeros cruzaron por el pasado formando ángulos diferentes, por eso quiebran las trayectorias tradicionales». Eso lo dice el historiador chileno BARRACLOUGH- y añade: «este solo hecho basta para poner en duda la utilidad de los viejos clichés y para suponer la necesidad de trazar nuevos planos desde los cimientos».⁹ Son estos los intentos del proyecto que hemos expresado al comienzo de este estudio, pero es también una buena síntesis de los distintos enfoques del problema.

Entre los «ángulos diferentes» de las trayectorias tradicionales que acabamos de citar en expresión de BARRACLOUGH, se encuentra el Pasado de los pueblos hispanohablantes que poseen «una historia cuyo hacer no es ya tarea de pueblos privilegiados sino de todos los pueblos. La América ibérica va abandonando así un absurdo empeño para ser otra que la que es. Sus diferencias en relación con Occidente no son ya diferencias que le hagan sentirse inferior, sino simple y puramente distinta, personal, en cierta forma única en un mundo en el que los hombres, como los pueblos, son personales. Y es así, con propia personalidad como ha de presentarse su acontecer porque «esta historia que ha hecho, hace y seguirá haciendo será también occidental, pero sin dejar de ser, al mismo tiempo, historia no occidental».⁹

De esta forma el Pasado americano puede contar con la historia del continente, no una historia común sino poliédrica como ha explicado el profesor MORALES, si bien, repetimos, con un gran cuidado en la interpretación próxima y remota de los pueblos hispánicos, por aquella singularidad suya que los hacen *no* occidentales sin dejar de ser occidentales, a excepción de América del Norte (DELGADO).

9. GEOFFREY BARRACLOUGH: «Introducción a la Historia Contemporánea», p.10-11. Gredos, 1975,

9. L. ZEA: Obr. cit.¹⁴.

Nosotros consideramos que no sólo es posible sino incluso necesaria una historia del continente americano con las peculiaridades propias de cada región diferenciada. Creemos imprescindible el estudio del proceso histórico de Norteamérica, dentro de la historia de América, sin el cual no sería dada la interpretación adecuada de hechos múltiples acaecidos en amplias regiones iberoamericanas desde antes de la Emancipación ni podemos eludir su influencia territorial, política y económica de los siglos XIX Y XX cuyas causas han de buscarse en aquel acontecer norteamericano. También es necesario el estudio de la colonización francesa materializada en varias zonas cuya influencia pervive.

Todo ésto son hechos trascendentales, sucedidos en el continente, desarrollados sobre la geografía americana; hechos que permanecen con la vivencia propia de lo histórico, originarios, además, de otros múltiples sucesos. El plan del CABALLERO DE LA SALLE, por ejemplo, si no se realizó cumplidamente, sí afrancesó un inmenso territorio francés que perteneció en gran parte a España; la compra de La Luisiana a Napoleón fue el primer paso de expansión del joven país del Norte que concluiría con la Paz de Hidalgo, secesionando las fronteras del antiguo virreinato mexicano convertido en Nación. Son ejemplos, como la presencia USA en las Antillas antes y después de 1898, o en Centroamérica, o en el Caribe...; o bien la Institución Panamericana (1897) hasta la alianza para el Progreso (1963) pasando por la Organización de Estados Americanos hay toda una cadena de continuos eslabones en la que hay que penetrar si se quiere obtener un estudio objetivo y cabal de los países iberoamericanos y también del anglosajón,

Será entonces cuando el Pasado americano quede definitivamente engarzado a la Historia de la humanidad. Pero antes los pensadores de la historia americana han de despojarse de la maleza que obstaculiza el hallazgo de su *significado*, el más rico acervo cultural y humano producto de todas las razas de la tierra en proceso evolutivo, de posibilidades incalculables en la dinámica de la Historia Universal.

Consecuencia inmediata de las reflexiones sobre la Historia de América es la interpretación y el *significado* del propio hecho histórico, y del conocimiento del sujeto de la Historia.

Es de absoluta necesidad para el historiador definir el hecho histórico, su ser, a fin de evitar de una vez para siempre la confusión sostenida por teóricos de otras ciencias al querer tratar como histórico fenómenos de naturaleza histórica. Decimos que el ser histórico se refiere a) a lo humano en su acontecer; b) es irreversible; c) está virtualmente presente en la actualidad.

Referido el ser histórico a nuestra América comprenderá aquel acontecer americano irreversible, sucedido en el continente, que *pasó* sin dejar de ser (el Descubrimiento, la evangelización, los peregrinos del Mayflower...) sino que sobrevive en «las realidades cuyo conjunto define la nueva situación real» (ZUBIRI). Estos hechos están conectados «como un círculo, en cuyo interior, relativamente cerrado, se dan lazos entre todos y cada uno de sus datos, de manera tal que cada uno de estos resulta afectado por los otros, y, en cierta medida aparece como efecto de todos los demás».¹⁰

Así la conquista, el mestizaje, el poblamiento, la erección de villas y ciudades, las relaciones hispano indias... Sin embargo, la misma complejidad de lo histórico tan difícil de captar en sus variedades, ha obligado a los historiadores a seleccionar, a recoger determinados hechos o cuando menos a concebir la evolución histórica partiendo de un hilo conductor que los oriente en el hecho objeto de su estudio, de forma que pueda aunar los «lazos entre todos y cada uno de los datos» definidos por MARAVALL.

A las características que hemos dejado anotadas, peculiares del ente histórico, debemos destacar una nota más, nos referimos al *significado tiempo*, al que ya hemos hecho referencia y que tiene en América una importancia capital como elemento constitutivo para la interpretación de lo americano.

A este respecto es de interés la exposición del tiempo y del hecho histórico que hace el filósofo español JULIAN MARIAS:

«La ordenación histórica –dice– no es una mera *sucesión* cronológica... en primer lugar el tiempo es irreversible, de manera que no se puede recorrer la escala más que en un sentido. En segundo lugar cada momento es cualitativamente insustituible y representa una situación que no se puede reducir a otras ni a suma o combinación de ellas... En tercer lugar cada situación histórica *viene* de las demás anteriores, y éstas quedan implicadas en ellas, virtualmente contenidas y sólo es plenamente inteligible si se la vé como *resultado*, como transitoria concreción dinámica de un pasado actuante, históricamente presente en ella. En cuarto lugar esto no puede hacernos olvidar lo que cada situación histórica tiene de radical innovación o *invención*; es un resultado de las anteriores, pero *no solo* un resultado; con todo el pasado en la mano, nunca podríamos tener el presente, y éste con todo el pretérito tras sí, solo hace posible el *futuro*, pero en modo alguno lo determina positivamente...».¹¹

10. J. M. Maravall: «Teoría del saber histórico», p.144-145. Revista de Occidente. Madrid, 1958.

11. F. LOHM: «Ontologia der Geschichte». Pag. 65-66. Tubingen. 1978.

En efecto la historia se desarrolla al ritmo de la incesante actividad de las sociedades humanas. Los hechos objetos de la Historia están en continuo cambio individual y genérico en el tiempo y en el espacio, que son las dos únicas relaciones que permiten una división muy general de la materia, en la que la sucesión del tiempo aparece como elemento preferentemente determinado.¹² Según HAECKER el orden temporal existente no es estático, sino que se mueve y es movido con un movimiento que afecta a su exterior y a su interior. Cuando esta movilidad se olvida, el orden se endurece o se corrompe y se vuelve como un cadáver. Sin este movimiento doble externo o interno no habría ciencia histórica.

Por último LOWITZ afirma que la Historia requiere únicamente sentido cuando implica un fin trascendente, y, como la Historia es un movimiento en el tiempo, su objetivo es una meta.¹³

Resumiendo, el hecho histórico es irreversible. Cada situación es peculiar, no puede ser reducida a otras ni a suma o combinación de ellas (MARIAS). Todo acto *ya* realizado perfecciona a la potencia y modifica el cuadro de posibilidades (ZUBIRI). Si el hecho es repetible no interesa al historiador (XENOPOL). El pasado se pierde, pero no se reduce a la nada, sino que se des-realiza para que sobrevivan las realidades cuyo conjunto define la nueva situación real (ZUBIRI). El presente es consecuencia o resultado de las radicales innovaciones anteriores que proporciona al libre albedrío humano lo que, en potencia, puede realizar. Sin que este conjunto de hechos que forma la potencialidad suponga un despliegue de algo que estuviese implícitamente *ya*, sino que por el contrario la realidad presente hay que edificarla, *hacerla*. (MARIAS).

Una vez que hemos definido la naturaleza del ser histórico se hace preciso hablar del protagonista del discurrir de la Historia; del ser capaz de impulsar el acontecer que aún pervive, éste es, del Hombre en la Historia.

12. BERHEIM: «Introducción al Estudio de la Historia». Pag. 81 Labor. Barcelona, 1937.
13. LOWITZ: «El significado de la Historia», p.16-17. Aguilar. Madrid, 1958.

La realidad histórica tiene múltiples aspectos porque el ente principal de esta realidad es el Hombre, sin él no hay Historia; y el Hombre es cambiante, incodificable en cuanto a su evolución espiritual y en cuanto a su potencialidad. El objetivo de la historia se nos presenta así como algo consustancial al discurrir del Hombre, pero no de cada hombre como expondremos luego. En efecto, el ser persona, comporta infinitas e imprevisibles actitudes, imposibles de controlar o preveer. Nos referimos aquí al Hombre integral. En nuestros días está totalmente superada la creencia de un hombre divisible en varias imágenes. No puede existir el hombre económico, religioso, político, social... sino que se trata de un hombre único que actúa integralmente. Por eso mismo, *por esa facultad o potencia de actitudes, dice el mejicano ZEA «lo que hace de un hombre un hombre, es el no querer ser su mundo, sino hacer su mundo. El hombre no quiere ser algo hecho, sino algo que el mismo se haga. El hombre no acepta el mundo como es, sino que lo quiere hacer. Se trata de un desmundanizar al mundo, a lo cual éste se resiste. Se entabla una lucha entre el hombre y el mundo. La existencia del hombre depende de esa lucha»*.¹⁴ Esto es, en expresión de ORTEGA, el Hombre «va siendo y des-siendo, viviendo. Va acumulando ser –el pasado– se va haciendo un ser...(con la propia experiencia)»¹⁵. Ya que el carácter esencial de la vida humana consiste «en no estar hecha y tener que hacerse...» por eso la idea de evolución es totalmente insuficiente para entender la Historia porque ésta no consiste en una explicación o despliegue de algo que al hombre, cuya caída, la primera como la última, es y será historia.¹⁶

El cristianismo vuelve la atención hacia el hombre *mismo*, en frase de MARIAS, ya que «es el hombre el que ha sido creado por Dios, el que ha pecado, el que ha sido redimido, el que puede salvarse o perderse». Por otra parte, «su historia (la del hombre)» presenta inesperadas dificultades porque lo problemático en él, no son las soluciones, sino el problema mismo».¹⁷

Ahora bien: ¿Posee el hombre primordial y originalmente historia como individuo, como singular, como personal?. Sin duda la posee como tal, y en grado sumo. Sin el manantial del individualismo, todo socialismo se torna árido, desierto; el individuo hace posible mediante su espíritu, su esfuerzo, su valor, su sacrificio, el progreso de los pueblos

14. LEOPOLDO ZEA: «Ensayo sobre filosofía en la historia». Pag. 10. Mexico, 1958.
15. JOSE ORTEGA Y GASSET: «Historia como sistema». Rev.de Occidente. P.50. Madrid, 1958.
16. HAECKER: «El cristianismo y la Historia». C.p.II. Pag.51-52. Madrid, 1979.
17. MARIAS: «El tema del Hombre». Pag.11 y 13. Austral. Madrid, 1975.

y de la humanidad. La persona es la única forma de ser en la creación que puede contemplar a Dios, devenir hijo de Dios, porque persona no es sólo una «similitud» respecto a Dios, sino Su imagen, *imago Dei*. El hombre tiene historia como individuo, como singular, como persona, *pero no primordial, no originaria, no absolutamente; la posee de un modo indisoluble*, según lo ordenado, *como miembro de comunidades jerárquicas*.¹⁸ De donde deducimos que el hombre aislado no tiene cabida en el «ente» histórico, ni aún considerado héroe, semidios, tipo o arquetipo de un acontecer. Este no sería mas que la síntesis o simbología de un pueblo o sociedad, sustentada por una determinada cultura, delimitado en el tiempo y en el espacio por el momento histórico en que descurrió su existencia. Así lo afirma HUITZINGA para quien el hombre, como tal, en su aislamiento, no es nunca fenómeno histórico; es solamente unidad biológica. Unidad histórica solo viene a ser en su posición en la vida, en su conexión con su medio ambiente, con su tiempo, en el curso de su destino.¹⁹

Sin embargo desde milenios atrás se ha tenido al individuo como objeto de la Historia representada en el faraón, hombre-dios; en el héroe, hijo de dioses; en el emperador divinizado; en el rey o príncipe, humanizado primero y con atributos divinos que llegó al máximo en las épocas del Absolutismo; el cortesano, ya des-divinizado; el abad, despojado de funciones divinas y no llega a cortesano, tipo híbrido; el proletario, considerado productor y desprovisto de lo divino y, de lo humano; el bárbaro tecnificado, con peligro de convertirse en robot.

Frente a la glorificación del individuo como objeto de la Historia surge en el siglo XIX la tesis de sustituir al hombre por la humanidad. Esta sería el verdadero objeto de la Historia. Pero la Humanidad, considerada así en abstracto está lejos de poder ser apre-hendida en el objeto histórico, como realidad histórica. «La *Humanidad*, no ha existido en el pasado histórico, como realidad histórica ni puede existir en ningún presente. Es una idea y un ideal del futuro, el horizonte necesario para el concepto escatológico de la Historia y de su universalidad.²⁰

Sin embargo, «cuando algún grande hombre muere, se suele decir que ha dejado un sitio insustituible; pero la experiencia desengañada sabe que al poco tiempo ha sido sustituido y *no ha pasado nada*. Se trata, claro es, de la sociedad y del hueco social y, socialmente, no hay na-

18. HAECKER: «El cristianismo...». cit. ¹⁶.C.II. Pag. 54.

19. I.HUITZINGA: «Sobre el estudio actual de la ciencia histórica». Pag. 72-73. Madrid, 1934.

20. LOWITZ: «El significado...», cit. ¹³. p.35.

die *insustituible*, porque la sociedad es impersonal. Pero si se toma otra perspectiva, esta vez personal, se ve que muchos hombres son insustituibles». ²¹

En efecto, ¿por quién podría sustituirse CRISTOBAL COLON, LAS CASAS, HERNAN CORTES, TORIBIO DE MOGROVIEJO, CELESTINO MUTIS, SIMON BOLIVAR, JUAN XXIII...?. «La razón profunda –y consoladora– de que cuando uno de estos hombres desaparece *no pasa nada* es que en realidad, y en una perspectiva personal, ese hombre *no ha pasado*. La vida humana se hace adecuadamente presente, cuando mas allá de su contenido muestra su figura». ²² Entonces el individuo, por sus hechos, puede tener significación universal siempre que haya influido en las superestructuras del todo. ²³ Pero aquí se hace preciso recordar que no se es hombre por virtud de una herencia, sino por la sustancia de una tradición, la cual «reconduce el fondo de la Historia, comprende todo lo que no es heredable biológicamente; pero, *históricamente es la sustancia del ser del hombre*». ²⁴

Dicho de otro modo, el individuo, incluso aquel que ha rebasado su contenido para mostrar su figura no es objeto de la Historia como tal individuo, sino en tanto está presente en él la sustancia de la tradición, que es la misma sustancia del ser del hombre. Se trata, pues, del hombre «integral» o integrado en la vida humana con su multiplicidad de facetas, sin que entre ellas haya separación, sino distinción, pues se precisa distinguir para unir. «Nada más lejos de una filosofía de la Historia, y, por consiguiente de una filosofía cristiana de la Historia, que despedazar el ser con toscos procedimientos. Pero nada más cerca de ella que estructurar de una manera nítida, lo que por naturaleza supone unidad». ²⁵

Creemos que el objeto primordial de la Historia lo constituye la Vida humana en el Pasado, enmarcada por la sociedad y la época en que se desarrolló aquella vida, objeto de estudio. En la que deba incluirse las múltiples actividades, funciones, actitudes y esperanzas; señalar junto a la evolución y a las realizaciones, lo que quedó frustrado; lo que en potencia produjo aquel vivir en el tiempo, su tradición y su futureidad.

En resumen el individuo o persona hombre no es sólo en sí el objeto de la Historia «a pesar de que *su* historia represente mucho más que la historia de pueblos y razas enteros. Porque la salvación eterna de un

21. MARIAS: «Hechos y hombres históricos» en *Un esfuerzo de la experiencia de la Vida*. p.137. Editorial Alianza. Madrid, 1979.

22. MARIAS: «Hechos y hombres...», cit. ²¹, p.138.

23.- DELGADO: «Introducción...», p.35.

24. JASPERS: «Origen y meta de la Historia», p.255. Revista de Occidente. Madrid, 1973.

25. HAECKER: «El cristianismo y la Historia». Obr. cit. ¹⁶, p.56.

alma singular supera en todo un orden del ser al bien *temporal* de aquellos pueblos y razas». Compartimos con HAECKER que «no es la historia del individuo o de la persona la que posee la primacía y menos la universalidad... sino la historia de las comunidades que protegen y nutren a los individuos a los cuales ellos pertenecen...; el hombre es él mismo y su prójimo. Aunque falte empíricamente el prójimo, metafísica y teológicamente el hombre no es nunca sin él. Es la abundancia del ser, manifiesta en el Dios trinitario de modo infinito e inefable y de modo finito en su creación».²⁶ El hombre participa, naturalmente, en la Historia, pero no individualmente, sino en tanto es producto de la tradición, miembro de una familia, perteneciente a una sociedad, participe de la *communis* historia. A este respecto LAIN ENTRALGO explica que «el hombre es, y no puede no ser *ens historicum*» y añade «nuestros labriegos viven días tras días, *bajo forma de costumbre, la historia* de que esa costumbre suya es decantada y prolongada consecuencia», se refiere al hombre intrahistórico que hace, también historia, en cuanto posee los valores esenciales de la comunidad.²⁷

A nosotros nos interesa especialmente el hombre americano, heredero de tradiciones y participe del discurrir histórico del continente. Nos interesa el indio españolizado y aquel descendiente de abuelo español quien «deja de ser, sin más, el hombre español y es desde los primeros años un modo nuevo del español. Los conquistadores mismo son ya los primeros americanos»;²⁸ los que posibilitaron la tradición asentada en comunidades que se enriquecen en cada generación. En aquellos hombres que fueron los primeros europeos-americanos, los que construyeron un modo nuevo de vida, se halla la sustancia de la tradición que, históricamente, es la sustancia del ser hombre en expresión de JASPERS; fueron los que, parodiando a ZEA, desamericanizaron a América para construirla a su modo. El precipitado de este fenómeno es la posibilidad que nos otorga (ZUBIRI).

Sobre este precipitado nos habla ICAZA TIGERINO, precipitado hecho posibilidad actual, que, a la vez es fuente de nuevas posibilidades. «Nuestros pueblos hispánicos asegura ICAZA en medio de todos sus ingentes problemas sociales, económicos y políticos, conservan un sentido histórico de unidad que comienza a florar en pensamientos, proyectos y

26. HAECKER: obr.cit.¹⁶ p.40-58.

27. PEDRO LAIN ENTRALGO: «A qué llamamos España». p.90. Austral, Madrid, 1981.

28. ORTEGA: en *Revista Mundo Hispánico*. Madrid. Enero, 1949.

realizaciones culturales, económicos y políticos de carácter suprenacional. En la medida en que los hombres hispánicos de todas las latitudes pongamos el acento de nuestra acción... en las metas concretas... de nuestros pueblos, que conforman ese ecumenismo hispánico, estaremos en el camino de llevar a nuestras naciones a un auténtico desarrollo integral y al cumplimiento de su misión histórica de salvación de los valores eternos del hombre y de la civilización».²⁹

Nos ocupamos del discurrir de las comunidades americanas con su entramado de tiempo, de situaciones, de múltiples escenarios geográficos, de diversas tradiciones. Allí el hombre, producto de América, de Europa, de África, y aún de Asia ha elaborado un quehacer histórico, una historia, la historia de América. De esta forma la Historia ha dejado de ser el estudio del hombre en el pasado de un hombre, dice FEVRE, abstracto, eterno, inmutable, siempre igual a sí mismo para convertirse en la ciencia de los hombres en el tiempo.³⁰

29. ICAZA TIGERINO: «Solidaridad e integración del mundo hispánico», Revista *Mundo Hispánico* n° 256, p.68, y s.s. Madrid, 1969.

30. LUCIEN FEVRE: «L'histoire c'est la paix». Annales I, París, 1956.